

EFECTOS CO LA NERAI ES

La guerra de Secesión en Estados Unidos implicó desajustes en la exportación de algodón del sur confederado a Europa. El textil catalán fue uno de los afectados por la escasez.

ANTONIO ORTÍ
PERIODISTA





Cuando, el 9 de abril de 1865, el general confederado Robert E. Lee capituló ante el general Ulysses S. Grant en Appomattox Court House, un caserío al sur del estado de Virginia, el algodón en rama que embarcaban los confederados hacia Europa llevaba cuatro años sin hacer acto de presencia en los muelles. Ello desató una “hambruna de algodón” en las potencias textiles del momento (Gran Bretaña, Francia y, en menor medida, Cataluña), obligando a buscar fuentes alternativas de esta planta de flores amarillas con manchas encarnadas en destinos como la India, Turquía, Egipto, Malta y Brasil. La guerra de Secesión (1861-1865) destrozó a Estados Unidos. Mientras, en el norte, la mano de obra era de origen europeo, en el sur, el campo era trabajado por esclavos procedentes de África. Fue durante este período cuando algunos co-

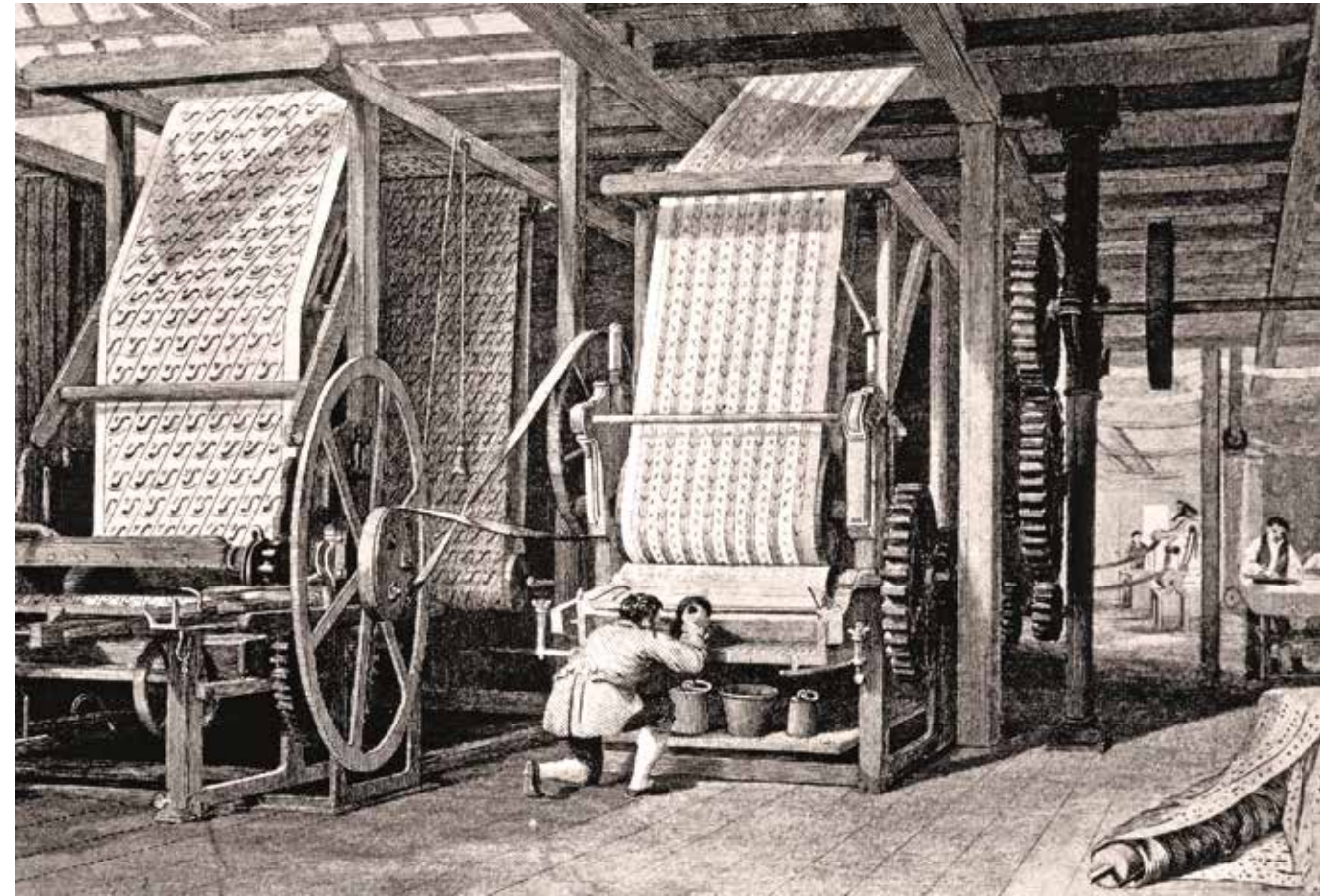
merciantes de nuestros lares se hicieron escandalosamente ricos gracias al transporte de algodón en rama desde Charleston, Nueva Orleans o Savannah hasta el Viejo Continente. También traían del otro lado del Atlántico azúcar, cacao y tintes, y aprovechaban el viaje de ida, cuando los barcos iban vacíos, para exportar vino, aguardientes, aceite y papel al Nuevo Mundo. Su deseo era que al concluir la guerra hubiera dos países, uno al norte y otro al sur, “ya que, con trabajadores libres, el algodón subiría de precio y reduciría su margen de beneficio”, desvela Alex Sánchez, profesor de Historia Económica en la Universitat de Barcelona. La falta de algodón motivó en poco tiempo que cientos de empresas catalanas cerraran sus puertas y el despido de unas veinte mil personas en Cataluña, de las noventa mil que se estima que empleaba el sector textil algodonero. Muchas eran mujeres (cuya presencia era mayoritaria

en la hilatura y, algo menos, en la estampación) y también niños. En la segunda mitad del siglo XIX, nueve de cada diez prendas de algodón que se producían en la península se elaboraban en Cataluña. Por entonces, el mercado español estaba protegido, lo que provocó que las manufacturas de origen británico, más baratas y de mayor calidad, entraran a espuestas de contrabando por el peñón de Gibraltar. La estrategia que desarrolló Gran Bretaña durante su Revolución Industrial (y que luego imitaría Cataluña) “estaba basada en desarrollar una superindustria textil algodonera que estimulara a otras industrias, como la química (para los tintes, por ejemplo) o la metalmecánica (maquinaria)”, ilustra Sánchez. La producción tenía lugar en las nuevas fábricas manchesterianas, organizadas por pisos con funciones específicas y movidas por energía inanimada. Dado que Cataluña no disponía de carbón, las fábricas se ins-

A la izqda., esclavos recogiendo algodón en el sur de EE. UU., c. 1850.

Abajo, sala de tejido en una fábrica de algodón en Málaga.

En la pág. anterior, muelle Quartermaster, Alexandria, Virginia.



talaron en la costa (donde el carbón llegaba a mejor precio) y en los ríos, para beneficiarse de la energía hidráulica, lo que más tarde dio lugar a las colonias industriales. “El 90 % del algodón que llegaba al puerto de Barcelona procedía de Estados Unidos –calcula Sánchez–. Su fibra se adaptaba mejor que ninguna otra a la máquina de vapor”. Además, “los confederados ofrecían muy buenas condiciones de pago y financiación”. Según Marc Prat, profesor de Historia Económica en la misma universidad, así como autor de numerosas investigaciones sobre este período, hacia 1850, cinco sextas partes del algodón en rama que llegaba a los muelles europeos procedía de los quince estados esclavistas de Estados Unidos y, en especial, del “Cinturón Negro” de Alabama. Si en 1860 entraron 21.207 toneladas de algodón en el puerto de Barcelona, en 1862 fueron solo 11.435, un 54 % del volumen previo a la

guerra, cuantifica Prat citando un libro del historiador Jordi Nadal. La historia acabaría demostrando que el sur se equivocó, pues Gran Bretaña, en lugar de ayudar militarmente a los esclavistas para proteger los envíos de algodón, como pretendían los confederados, encontró otras fuentes alternativas de algodón en su imperio.

El mapa catalán

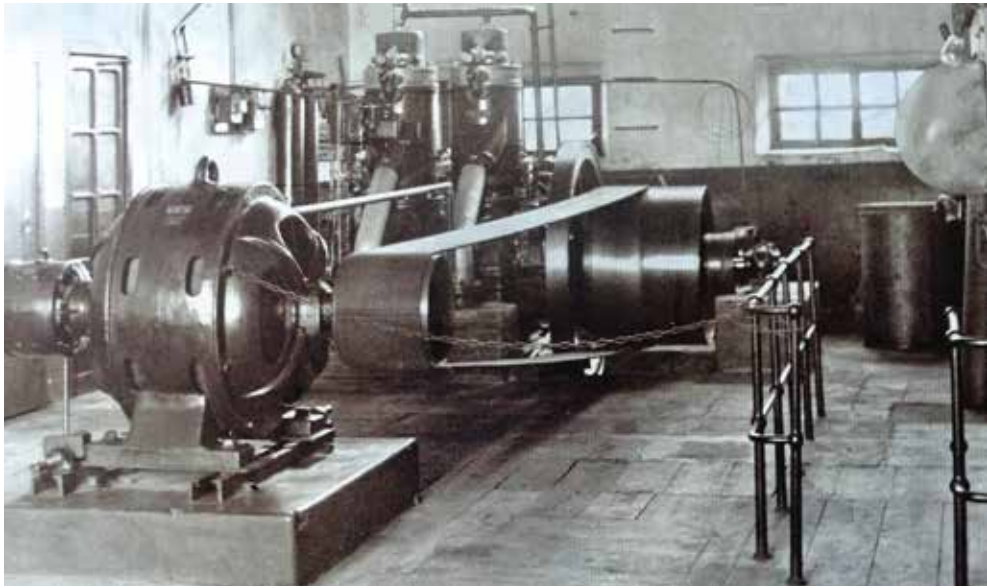
Antes de la guerra de Secesión, el algodón en rama se trabajaba en la misma ciudad de Barcelona. Desde 1833, la fábrica Bonaplata, de la calle Tallers de Barcelona, en el umbral de las viejas murallas, se había convertido en la primera de España en utilizar la energía inanimada, razón por la que era conocida como El Vapor. El algodón en rama también se procesaba en municipios todavía no agregados a la capital, como Sants, Gràcia y el Poblenou (donde se ubicaban Can Saladrigas o Can

Ricart, entre otras importantes factorías). Pero también en Igualada (allí estaba La Igualadina Cotonera S. A.), Vilanova i la Geltrú –la Fàbrica de la Rambla detuvo su producción los años 1864 y 1865, mientras que Amigó, Moncunill y Cía dejó de ser una fábrica textil para convertirse en una serrería mecánica, según recogió Raimon Soler en *Vilanova i la Geltrú, un procés d’industrialització (1830-1913)*–, Mataró (donde pararon por completo Arenas Hermanos y Cía, Baulenas y Cía, Bonet i Esquerra, Boada Hermanos y, parcialmente, Rafart i Roldós, que empleaba a 250 trabajadores), Manresa, Berga o Reus. Por entonces, Sabadell y Terrassa estaban más centradas en la lana. La falta de algodón provocó que miles de catalanes se quedaran los lunes al sol, según puede leerse en *Ocupació d’aturats per la crisi del cotó en obres públiques d’eixample a Barcelona, 1861-1865*, obra de Glòria Santa-Maria Batlló.

En 1861, y ante la “hambruna de algodón”, el alcalde Josep Santa-Maria i Gelbert emprendió diversas obras públicas. Allí solo se admitía a obreros en paro que lo acreditaran. Los capataces debían ser entendidos en la materia

Obra pública contra el paro

La “hambruna de algodón” se trató en Barcelona por primera vez durante el pleno municipal del 1 de octubre de 1861, cuando se expuso la crítica situación que había provocado, asimismo, la mala cosecha de trigo de 1860 por la sequía. Por entonces, dirigía el consistorio barcelonés Josep Santa-Maria i Gelbert, quien ocuparía el cargo entre 1858 y 1863. El 2 de noviembre, el alcalde preguntó por carta al Institut Industrial de Catalunya cuántas existencias de algodón había. Le dijeron que unas veinte mil balas, cantidad que solamente garantizaba disponer de materia prima durante cuatro meses. En consideración a lo que pasaba, el consistorio decidió emprender diversas obras públicas. Para empezar, optó por allanar el futuro *passeig* de Gràcia, así como por acometer obras en la riera d'en Malla (un curso de agua que nacía en la actual plaza Gal·la Placidia, donde confluían las



rieras de Sant Gervasi y de Cassoles). Solo se admitía a obreros en paro, que debían acreditar esta condición, con la excepción de los capataces, que debían ser entendidos en la materia. El jornal era de catorce reales para los capataces y de nueve para los obreros. Al cabo de unos meses, 1.400 obreros textiles comenzaron a trabajar en diversas obras públicas, aunque su número no dejó de crecer. Fue durante este período cuando surgió el movimiento obrero moderno. También los habitantes de Mataró suspiraban por recibir algodón, según recoge el historiador Víctor Ligos en *Quatre anys de crisi econòmica a Mataró. (La fam de cotó. 1861-1865)*. En vista de ello, su ayuntamiento decidió construir una carretera hasta Granollers y encauzar varias rieras. Pero la miseria hizo que se presentaran más trabajadores de los necesarios para las obras de la carretera, lo que provocó no pocos encontronazos entre los encargados y los trabajadores no admitidos. Unos meses después, el consistorio hizo un llamamiento a los grandes contribuyentes para que se solidarizaran con los parados y crearan una Junta de Socorros Públicos. También la *Revista Mataronesa* dedicó su editorial del 24 de julio de 1864 al impacto de la guerra norteamericana en esta localidad del Maresme, donde “una cuarta parte de la población trabaja en las fábricas de algodón o en las pequeñas industrias dependientes de éstas”. Para paliar la hambruna, se crearon *men-*

jadors econòmics, comedores económicos, para que, por ejemplo, tuvieran algo que llevarse a la boca los doscientos trabajadores que se quedaron sin empleo en la fábrica de Can Baulenas.

Sopa contra el hambre

Sin embargo, la situación siguió empeorando: “(…) una tercera parte, al menos, del total de trabajadores empleados en estas fábricas ha abandonado la población, para ver de hallar ocupación en algún otro punto, calculándose en 1.500 hombres los que actualmente pasean por las calles consumiendo el tiempo en ociosidad involuntaria. Se cree que la semana próxima no bajarán de 2.000 los que habrán quedado despedidos ¿Se obtendrán del Gobernador algunos fondos con cargo al capítulo de carreteras y caminos vecinales...?”, se preguntaba entonces la *Revista Mataronesa*. La prensa local se hizo eco de que algunos trabajadores compartían su salario con obreros de fábricas textiles sin trabajo y que “comisiones de trabajadores de fábrica” se presentaban en los ayuntamientos solicitando algo en lo que ocuparse en vista de su estado de miseria. Fruto de ello, en febrero de 1865, el ayuntamiento de Mataró decidió repartir raciones de sopa económica entre los parados. En la primera semana se distribuyeron 1.518 raciones, pero entre el 12 y el 28 de marzo fueron 6.484, y del 16 al 30 de abril, un total de 7.746. La sopa se repartía

A la izqda., interior de La Igualadina Cottonera S. A., en Igualada.

A la dcha., Can Ricart, fábrica en Poble Nou, hoy Barcelona.



una sola vez al día y se componía de arroz, tocino, manteca, judías secas y fideos. Pero su aporte calórico era paupérrimo: 509 kilocalorías por plato. Algo similar aconteció en Barcelona. En este sentido, el incesante aumento de la mendicidad llevó al periodista Joan Mañé i Flaquer (quien acabaría dirigiendo en 1865 el *Diari de Barcelona*) a escribir a comienzos de 1862 diversos artículos sobre la gran cantidad de indigentes que pululaban por las calles. Para remediarlo, “surgió el Patronato de Pobres (para censar a los más necesitados), los Restaurants d'Obrers (una especie de come-

dores sociales) y la Junta d'Auxilis que se creó en 1865”, desvela Prat. Finalmente, en 1865, la guerra de Secesión tocó a su fin. Si en 1861, las empresas textiles más afectadas fueron las de menor tamaño, por su escasa mecanización y por depender de las grandes fábricas (lo que reducía su margen de beneficio), a partir de 1862, la crisis se generalizó. Sin embargo, “ pese a su intensidad, buena parte de la infraestructura textil relacionada con el algodón no desapareció, como sugiere la rápida recuperación que hubo un poco después de acabar la guerra”, indica Sánchez a modo de conclusión. ●

Para saber más...

ENSAYO

BECKERT, S. *El imperio del algodón. Una historia global*. Barcelona: Crítica, 2024.
NADAL, JORDI. *El fracaso de la Revolución Industrial en España, 1814-1913*. Barcelona: Ariel, 1984.
ORSENNA, ÉRIK. *Viaje a los países del algodón*. Barcelona: Laertes, 2009.

ARTÍCULO

MALUQUER DE MOTES, JORDI. “La estructura del sector algodonero en Cataluña durante la primera etapa de la industrialización (1832-1861)”. *Hacienda Pública Española*, n.º 38, 1976.